

Ismaíl Kadaré: Premio Príncipe de Asturias

Mauricio Molina



Ismaíl Kadaré

El descongelamiento de los países de Europa Oriental provocó la aparición no sólo de autores fundamentales, como Milorad Pavic en Serbia o Vladimir Makanin en Rusia, sino también ha revelado la existencia de una literatura que se desarrolló al margen de los engranajes de la burocracia y de la censura del Estado. Este develamiento ha obligado, por un lado, a trazar una nueva cartografía literaria y, por el otro, a repensar críticamente los movimientos y las escuelas literarias de buena parte del siglo xx.

El caso del autor albanés Ismaíl Kadaré (Tirana, 1936) es una de las evidencias más sugestivas e inquietantes del surgimiento de una literatura muy poderosa proveniente de Europa Oriental. Libros como *El puente de los tres arcos*, *El ocaso de los dioses de la estepa*, *El palacio de los sueños* y *La pirámide de Keops*, lo sitúan como un ejemplo más de lo que Deleuze y Guattari llamaron “literatura menor”, es decir, aquella que se escribe en lenguas habladas por minorías o en países periféricos, y que ponen en duda o en entredicho las tradiciones centrales.

Las obras de Kadaré parten de dos perspectivas aparentemente opuestas: el realismo y la alegoría, y en ambas se mueve con el cuidado de un equilibrista en la cuerda floja. La combinación de la metáfora con el realismo directo provoca en el lector el efecto del asombro. *El palacio de los sueños* ilustra claramente lo que aquí se ha expuesto. Novela realista sobre un estado que vigila y castiga los sueños de sus habitantes, o alegoría de la voluntad totalizadora del poder, *El palacio de los sueños* nos acerca a lo mejor de la obra de un Kafka o de un Borges. Su trama nos recuerda el universo antiutópico de algunas novelas del

siglo XX, como *El proceso*, de Kafka; *Nosotros*, de Evgeni Zamiatin; *Un mundo feliz*, de Aldous Huxley; *1984*, de George Orwell, y, más recientemente, *El pasadizo*, del ruso Vladimir Makanin.

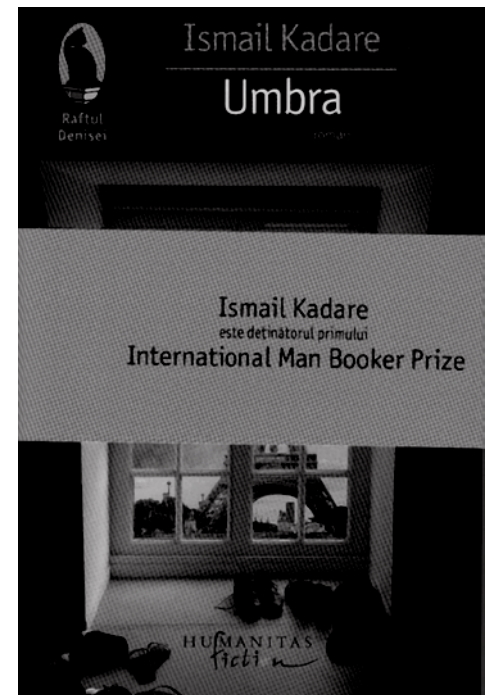
La trama de *El palacio de los sueños* es muy simple en apariencia. En un distante país existe una rara costumbre: un poderoso aparato burocrático que extiende sus tentáculos por todo el territorio, recopila los sueños de sus ciudadanos para concentrarlos en el *Palacio de los sueños*.

Una vez ahí, los sueños son clasificados, seleccionados e interpretados. Finalmente, uno de ellos será entregado al Gran Visir, quien signará en él un sentido político para toda la nación. Dado que el sueño de un individuo se convierte en un asunto de Estado, se le llama para que rinda declaración sobre lo que ha soñado. El interrogatorio, como es de esperarse, culmina con la tortura y a menudo con la muerte del soñante.

Spiritus, su más reciente novela, resume y articula de una manera magistral las obsesiones que han sido fieles a su autor. Narrada en tres tiempos y construida sobre una sólida trama, *Spiritus* es una obra mayor de nuestro tiempo. A medio camino entre el relato fantástico y la trama policíaca, *Spiritus* narra una historia compleja y plena de hallazgos. El modelo musical de su composición es evidente: la novela se despliega en un principio con una imaginativa obertura plena de elementos oníricos. Un grupo de parapsicólogos llega a Albania para investigar una historia en apariencia inverosímil: durante el horror de la dictadura, la vigilancia policíaca llegó a ser tan perfecta que fue capaz de interrogar a los muertos. Las leyendas que circulan por todo el país aluden a este hecho terrible. Pasada esta apertura fantasmagórica, el autor nos sumerge, en la segunda

parte de su novela, en una novela de corte policíaco que poco o nada tiene que ver con los clásicos ingleses y norteamericanos y mucho tiene con la KGB soviética y la Stasi de Alemania Oriental. La Sigurimi o policía secreta albanesa investiga un complot contra el estado. Kadaré nos introduce entonces en los meandros del poder, en esos laberintos que millones de personas padecieron bajo los regímenes totalitarios de Europa Oriental, con sus mecanismos de espionaje y delación.

Spiritus es una suma de las preocupaciones fundamentales de su autor. En esta novela podemos encontrar una profunda reflexión acerca de los mecanismos del poder y sus relaciones profundas con el sueño, la memoria, las relaciones amorosas. Uno de los rasgos fundamentales de *Spiritus* es la manera como Kadaré logra elevar su historia por encima del maniqueísmo ramplón que establece una división tajante entre víctimas y victimarios. *Spiritus* no cae en esas simplificaciones, al contrario: nos introduce en una historia al mismo tiempo vertiginosa y profunda; sus personajes no son ni buenos ni malos, simplemente actúan de acuerdo a las circunstancias, no hay metarelato que los justifique como emblemas o metáforas. Ésta es quizá la diferencia paradójica que existe entre Kundera y Kadaré: los personajes del escritor checo encarnan emblemas, son alegorías de posiciones vitales, políticas, éticas, pese a que siempre se encuentran en situaciones perfectamente realistas, por no decir naturalistas. El escritor albanés, por el contrario, nos entrega personajes realistas, perfectamente verosímiles en su ambigüedad, inmersos en situaciones que por su extrañeza alcanzan el status del símbolo y la metáfora. Kadaré, como Kafka y como Nabokov, está más interesado en el proceso en el que se ven atrapados sus personajes. Es en este rasgo, entre



muchos otros, donde radica, desde el punto de vista formal, la vigencia del modelo literario que utiliza Kadaré. Frente al neorealismo de la literatura comercial, más preocupada por personajes que encarnan símbolos o posiciones ideológicas, Kadaré antepone la arquitectura novelística, la composición de una trama cuyo vértigo atrapa a sus personajes.

La realidad suele ser más limitada que la imaginación: ni siquiera en sus aspiraciones de dominio más absoluto, Enver Hoxha —el Stalin albanés— habría podido pergeñar un sistema de sometimiento tan eficaz como el imaginado por Ismaíl Kadaré en su novela. *El palacio de los sueños*, *Spiritus* y la obra toda de Kadaré como las pesadillas de Kafka, perdurará en la memoria de los hombres, en tanto que los campos de concentración y los sistemas de control serán conservados como emblemas de una barbarie que todavía hoy padecemos. ▮

Las obras de Kadaré parten de dos perspectivas aparentemente opuestas: el realismo y la alegoría, y en ambas se mueve con el cuidado de un equilibrista.